

Homilía en la que se declara que la oración común y los sacramentos deben administrarse en una lengua que entiendan los oyentes



Autor desconocido

El uso de la lengua vernácula en la oración común

Entre los múltiples ejercicios del pueblo de Dios, queridos cristianos, no hay ninguno más necesario para todos los estados y en todos los tiempos que la oración pública y el debido uso de los sacramentos. Porque en la primera pedimos de la mano de Dios todas las cosas que de otro modo no podemos obtener, y en la otra Él nos abraza y se ofrece para ser abrazado por nosotros. Sabiendo, pues, que estos dos ejercicios nos son tan necesarios, no nos parezca mal considerar primero qué es la oración y qué es un sacramento, y después cuántas clases de oración hay y cuántos sacramentos, para que entendamos mejor cómo usarlos debidamente.

Para saber lo que son nos enseña San Agustín. En su libro titulado "Del espíritu y del alma" dice lo siguiente acerca de la oración: «La oración es -dice- la devoción del alma, es decir, el retorno a Dios por un afecto piadoso y humilde, afecto que es una cierta inclinación voluntaria y dulce del alma misma hacia Dios¹». Y en el segundo libro contra el adversario de la ley y los profetas, llama a los sacramentos "signos sagrados²". Y escribiendo a Bonifacio sobre el bautismo de los niños, dice: "Si los sacramentos no tuvieran cierta semejanza de aquellas cosas de las que son sacramentos, no serían sacramentos en absoluto. Y de esta similitud reciben en su mayor parte los nombres de las cosas mismas que significan³". Por estas palabras de San Agustín se ve que él acepta la descripción común de un sacramento, que es que es un signo visible de una gracia invisible, es decir, que expone a los ojos y a otros sentidos externos la obra interior de la misericordia gratuita de Dios, y que, por así decirlo, sella en nuestros corazones las promesas de Dios. Así, la circuncisión era un sacramento que predicaba a los sentidos externos la separación interna del prepucio del corazón, y sellaba y aseguraba en los corazones de los circuncidados la promesa de Dios concerniente a la simiente prometida que esperaban.

¹ Anónimo, De spiritu et anima, 50. Tradicionalmente atribuido a Agustín.

² Agustín, Contra adversarium legis et Prophetarum, 2.33.

³ Agustín, Ep. 98.9.

Ahora veamos cuántas clases de oración y cuántos sacramentos hay. En las Escrituras leemos acerca de tres clases de oración, de las cuales dos son privadas y la tercera es común. La primera es aquella de la que habla San Pablo en su epístola a Timoteo, diciendo: "Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras, sin ira ni contienda"⁴, y es la elevación devota de la mente a Dios sin expresar abiertamente el dolor o el deseo del corazón. De esta oración tenemos ejemplo en el primer libro de Samuel en Ana, la madre de Samuel, cuando en la tristeza de su corazón oró en el templo, deseando ser fructífera. «Ella oraba en su corazón», dice el texto, «pero no se oía ninguna voz⁵». De esta manera deben orar todos los cristianos, no sólo una vez a la semana o una vez al día, sino, como escribe San Pablo a los Tesalonicenses: «sin cesar⁶», y como escribe Santiago: «La oración eficaz del justo puede mucho⁷». El segundo tipo de oración se menciona en el Evangelio de Mateo, donde se dice: "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público⁸". De este tipo de oración hay varios ejemplos en las Escrituras, pero bastará con citar uno que está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Cornelio, un hombre devoto, capitán del ejército italiano, dice a Pedro que "a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente⁹", etc. Este hombre oró a Dios en secreto y fue recompensado abiertamente. Estas son las dos clases privadas de oración, una mental, es decir, la elevación devota de la mente a Dios, y la otra vocal, es decir, la expresión secreta de las penas y deseos del corazón con palabras, pero en un aposento secreto o en algún lugar solitario.

El tercer tipo de oración es la pública o común. De esta oración habla nuestro Salvador Cristo cuando dice: "si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos¹⁰". Aunque Dios ha prometido escucharnos cuando oramos en privado, siempre que lo hagamos con fidelidad y devoción (pues dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás¹¹", y "Elías, siendo sólo un hombre mortal", dice Santiago, "oró y el cielo se cerró durante tres años y seis meses, y de nuevo oró y el cielo dio lluvia¹²", sin embargo, según las historias de la Biblia, parece que la oración pública y común es la más accesible ante Dios, y por lo tanto es muy de lamentar que no sea mejor estimada entre nosotros, que profesamos ser un solo

⁴ 1 Tim. 2:8.

⁵ 1 Sam. 1:13. El texto original lo llama el primer libro de «los reyes», siguiendo la práctica griega y latina.

⁶ 1 Tes. 5:17.

⁷ Santiago 5:16.

⁸ Mateo 6:6.

⁹ Hechos 10:1–2, 30.

¹⁰ Mateo 18:19–20.

¹¹ Salmo 50:15.

¹² Santiago 5:17–18.

cuerpo en Cristo. Cuando la ciudad de Nínive fue amenazada de ser destruida pasados cuarenta días, el príncipe y el pueblo se unieron en oración pública y ayuno, y fueron preservados¹³. En el profeta Joel, Dios ordena que se proclame un ayuno y que el pueblo se reúna, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y se les enseña a decir a una sola voz: "Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad¹⁴". Cuando los judíos debieron haber sido destruidos todos en un día por la malicia de Amán, por mandato de Ester ayunaron y oraron y fueron preservados¹⁵. Cuando Holofernes sitió a Betulia, por consejo de Judit ayunaron y oraron y fueron liberados¹⁶. Cuando Pedro estaba en prisión, la congregación se unió en oración y Pedro fue maravillosamente liberado¹⁷. Por estas historias parece que la oración común o pública es de gran fuerza para obtener misericordia y liberación de la mano de nuestro Padre celestial. "Así que, hermanos, os ruego", "por las entrañables misericordias de Dios¹⁸", que ya no seamos negligentes en ese aspecto, sino que, como pueblo dispuesto a recibir de la mano de Dios las cosas buenas que se anhelan en la oración común de la iglesia, unámonos en el lugar de la oración común y con una sola voz y un solo corazón pidamos a nuestro Padre celestial todas aquellas cosas que él sabe que son necesarias para nosotros. No os prohíbo la oración privada, pero os exhorto a que estiméis la oración común como digna. Y, ante todo, aseguraos de que en estas tres clases de oración, vuestras mentes se eleven devotamente a Dios; de lo contrario, vuestras oraciones serán en vano y se cumplirá en vosotros esta palabra: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí¹⁹».

Hasta aquí lo referente a las tres clases de oración que leemos en las Escrituras.

Ahora, con la misma o mejor aún, con mayor brevedad, oiréis cuántos sacramentos hay que fueron instituidos por nuestro Salvador Cristo, y que deben ser continuados y recibidos por todo cristiano en el tiempo y orden debidos, y para el propósito que nuestro Salvador Cristo quiso que se recibieran. Y en cuanto al número de ellos, si se los considera según el significado exacto, tal como Cristo lo expresó y recomendó plenamente de un sacramento, es decir, por los signos visibles expresamente ordenados en el Nuevo Testamento, a los cuales se adjunta la promesa del perdón gratuito de nuestros pecados y de nuestra santidad y unión con Cristo, sólo hay dos, a saber, el bautismo y la cena del Señor. Porque, aunque la absolución tiene la promesa del perdón de los pecados, sin embargo, por la palabra expresa del Nuevo Testamento, esta promesa no está adjunta y ligada al signo visible, que es la imposición de manos.

¹³ Jonás 3:4–10.

¹⁴ Joel 2:15–17.

¹⁵ Ester 4:16.

¹⁶ Jue. 8:17–27.

¹⁷ Hechos 12:5–12.

¹⁸ Romanos 12:1.

¹⁹ Isaías 29:13; Mateo 15:8.

En efecto, este signo visible, es decir, la imposición de manos, no está expresamente ordenado en el Nuevo Testamento para ser usado en la absolución, como lo están los signos visibles en el bautismo y la cena del Señor, y por lo tanto, la absolución no es un sacramento como lo son el bautismo y la comunión. Y aunque la ordenación de ministros tiene este signo visible y promesa, sin embargo, carece de la promesa de remisión del pecado, como todos los demás sacramentos. Por lo tanto, ni este ni ningún otro sacramento pueden ser sacramentos como lo son el bautismo y la comunión²⁰. [1563/A1] Pero en una acepción general, el nombre de un sacramento puede atribuirse a cualquier cosa por la cual se significa algo santo. En esta interpretación y uso de la palabra, los escritores antiguos han dado este nombre, no sólo a los otros cinco comúnmente tomados y usados en los últimos años para completar el número de los siete sacramentos, sino también a diversas y variadas otras ceremonias, como el óleo, el lavatorio de los pies y cosas similares, sin querer con ello reputarlos como sacramentos bajo el mismo significado que los dos sacramentos nombrados anteriormente²¹.

Y por eso San Agustín, sopesando el verdadero significado y el sentido exacto de la palabra, escribiendo a Jenaro, y también en el tercer libro de la doctrina cristiana, afirma que los sacramentos de los cristianos, así como son «excelentes en su significado», son «poquísimos en número», y en ambos lugares menciona expresamente dos, el sacramento del bautismo y la cena del Señor²². Y aunque se conservan por orden de la Iglesia de Inglaterra, además de estos dos, ciertos otros ritos y ceremonias como lo son la institución de los ministros en la iglesia, el matrimonio, la confirmación de los niños, esto después de examinarlos en su conocimiento de los artículos de la fe²³ y uniendo a ello las oraciones de la iglesia por ellos, y asimismo la práctica de la visita a los enfermos, sin embargo, nadie debe tomarlos como sacramentos en el significado y sentido como lo son el sacramento del bautismo y la cena del Señor, sino que debemos entenderlos como estados piadosos de vida, necesarios en la iglesia de Cristo, y por lo tanto dignos de ser establecidos por acción pública y solemnidad por el ministerio de la iglesia, o bien juzgadas como ordenanzas que puedan contribuir a la instrucción, consuelo y edificación de la iglesia de Cristo.

Ahora bien, habiendo entendido suficientemente qué es la oración, qué es también un sacramento, cuántas clases de oración hay, cuántos sacramentos han sido instituidos por nuestro Salvador, veamos ahora si las Escrituras y el ejemplo de la iglesia primitiva permiten que cualquier oración vocal, es decir, cuando la boca expresa las peticiones en voz alta, o cualquier clase de sacramento, u otro rito o

²⁰ Este pasaje fue revisado por la reina Isabel I, quien eliminó las palabras en cursiva y agregó las que estaban en negrita.

²¹ Pseudo-Dionisio el Areopagita, De ecclesiastica hierarchia, 3.1; Bernardo de Claraval, Sermo in coena Domini, 2.

²² Agustín, Ep. 54.1; idem., De doctrina Christiana, 3.13.

²³ Esto se refiere principalmente al credo de los apóstoles.

acción pública que comúnmente han sido establecidos con el propósito de beneficiar y edificar a la pobre congregación, puede ser ministrada en una lengua desconocida o no entendida por el ministro o el pueblo, sí, si incluso cualquier persona puede usar privadamente cualquier oración vocal en un idioma que él mismo no entienda. A esta pregunta de manera inmediata debemos responder: No

En primer lugar, tomemos en cuenta la oración común y la administración de los sacramentos. Aunque la razón, si pudiera gobernarnos, pronto nos persuadiría a tener nuestra oración común y la administración de los sacramentos en una lengua conocida, tanto porque orar en común implica que una multitud pida algo a uno y esto como si fuese una sola persona, con una sola voz y un solo consentimiento de mente, así también, administrar un sacramento es predicar al receptor, mediante la palabra y los elementos externos, la gracia interna e invisible de Dios, y adicionalmente también debemos tener presente que ambos ejercicios fueron instituidos por primera vez y todavía continúan, con el fin de que la congregación de Cristo pueda recordar de vez en cuando su unidad en Cristo, y que como miembros de un solo cuerpo, tanto en las oraciones como en otras cosas, debemos buscar y desear los bienes de los demás y no solamente los nuestros propios sin tomar en cuenta a los de los demás, sin embargo, no necesitaremos recurrir a las pruebas de la razón en este asunto, ya que tenemos tanto las palabras claras y manifiestas de la Escritura, como también el consentimiento de los escritores más eruditos y antiguos, para recomendar la realización de las oraciones de la congregación en una lengua conocida.

En primer lugar, Pablo dice a los corintios: "Que todo se haga para edificación²⁴". Esto no puede ser posible a menos que las oraciones comunes y la administración de los sacramentos se hagan en una lengua conocida por el pueblo. Porque si las oraciones pronunciadas por el ministro y las palabras en la administración de los sacramentos no son entendidas por los que están presentes, no pueden ser edificados por ello. Porque así como cuando la trompeta que se toca en el campo con un sonido incierto, nadie se anima a prepararse para la batalla, y como cuando un instrumento de música no produce un sonido claro, nadie puede distinguir lo que se toca²⁵, así también cuando las oraciones o la administración de los sacramentos se hagan en una lengua desconocida para los oyentes, ¿quién de ellos se animará a elevar su mente a Dios y a pedir con el ministro de la mano de Dios las cosas que el ministro pide en las palabras de sus oraciones? ¿O quién, en la administración de los sacramentos, comprenderá qué gracia invisible se le debe pedir al oyente, para que se realice en el hombre interior? En verdad, nadie en absoluto. Porque, dice San Pablo: "el que habla en lenguas extrañas, no habla a los hombres²⁶", lo cual en una congregación cristiana es un absurdo. No somos extraños los unos a los otros, sino

²⁴ 1 Cor. 14:26.

²⁵ 1 Cor. 14:7-8.

²⁶ 1 Cor. 14:2, 11.

que somos "conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios²⁷". Por tanto, mientras nuestro ministro repite la oración que se hace en nombre de todos nosotros, debemos prestar oído diligente a las palabras que pronuncia y rogar de corazón recibir de la mano de Dios lo que él ruega de palabra. Y para significar que así lo hacemos, decimos "Amén" al final de la oración que él hace en nombre de todos nosotros. Y esto no podemos hacerlo para edificación a menos que entendamos lo que se dice. Por eso es necesario que la oración común se haga en una lengua que los oyentes entiendan. Si alguna vez hubiera sido tolerable usar lenguas extrañas en la congregación, lo mismo podría haber sido en tiempos de Pablo y los demás apóstoles, cuando fueron dotados milagrosamente del don de lenguas. Porque entonces podría haber persuadido a algunos a abrazar el evangelio, cuando habían oído a hombres que eran hebreos de nacimiento e ignorantes, hablar el griego, el latín y otras lenguas. Pero Pablo no lo consideró tolerable entonces, ¿y lo usaremos nosotros ahora, cuando nadie llega al conocimiento de lenguas de otro modo que no sea mediante un estudio diligente y sincero? Dios no lo quiera, porque de ese modo llevaríamos todos nuestros ejercicios eclesiásticos a una frívola superstición y los haríamos totalmente infructuosos.

Lucas escribe que cuando Pedro y Juan fueron despedidos por los príncipes y sumos sacerdotes de Jerusalén, "Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay²⁸, etc." No habrían podido hacer esto si hubieran orado en una lengua extraña que no entendían. Y sin duda alguna, no hablaron todos con varias voces, sino que alguno de ellos habló en nombre de todos, y los demás, prestando oído diligente a sus palabras, consintieron en ello, y por eso se dice que 'alzaron juntos su voz'. San Lucas no dice 'sus voces' como muchas, sino 'su voz' como una sola²⁹. Por tanto, esa única voz estaba en un lenguaje que todos entendían, de otra manera no podrían haberla alzado con el consentimiento de sus corazones, porque nadie puede dar consentimiento a lo que no conoce.

En cuanto a los tiempos anteriores a la venida de Cristo, nunca hubo hombre que afirmara que el pueblo de Dios u otros tuvieran sus oraciones o administraciones de los sacramentos o sacrificios en una lengua que ellos mismos no entendían. En cuanto al tiempo transcurrido desde Cristo, hasta que ese poder usurpado de Roma comenzó a extenderse y a obligar a todas las naciones de Europa a tener en admiración el idioma romano, parece, por el consentimiento de los escritores más antiguos y eruditos, que no se usaba ninguna lengua extraña o desconocida en las congregaciones de los cristianos.

²⁷ Ef. 2:19; 1 Cor. 10:17, 12:12–27.

²⁸ Hechos 4:23–4.

²⁹ Este es un argumento espurio. Como muchos idiomas, el griego prefiere el singular cuando solo hay una cosa así en un individuo dado. El inglés sigue una costumbre diferente en este respecto.

Justino Mártir, que vivió unos ciento sesenta años después de Cristo, dice así de la administración de la cena del Señor en su tiempo: "El domingo se hacen asambleas, tanto de los que abundan en las ciudades como de los que viven en el campo también; entre los cuales, en la medida de lo posible, se leen los escritos de los apóstoles y profetas. Después, cuando el lector termina, el ministro principal hace una exhortación, exhortándolos a seguir estas cosas tan honestas. Después de esto, todos nos levantamos y ofrecemos oraciones, y, una vez terminadas, como hemos dicho, se ofrecen pan, vino y agua; luego el ministro principal ofrece oraciones y acción de gracias con todo su poder, y el pueblo responde: Amén³⁰. Estas palabras, con sus circunstancias, debidamente consideradas, declaran claramente que no sólo se leían las Escrituras en una lengua conocida, sino también que se hacía oración en la misma, en las congregaciones de la época de Justino.

Basilio el Grande y Juan Crisóstomo prescribieron en su tiempo órdenes públicas de administración pública, que ellos llaman 'liturgias', y en ellas indicaban que el pueblo debía responder a las oraciones del ministro unas veces 'Amén', otras 'Señor, ten piedad de nosotros', otras 'Y con tu espíritu' y 'Hemos elevado nuestros corazones al Señor, etc.', respuestas que el pueblo no podría haber dado a su debido tiempo si las oraciones no se hubieran hecho en una lengua que entendieran. El mismo Basilio, escribiendo al clero de Neocesarea, dice así de su costumbre en la oración común: "Designando a uno para que comience el canto, los demás le siguen, y así, con diversos cánticos y oraciones durante la noche, al amanecer del día todos juntos, como si tuvieran una sola boca y un solo corazón, cantan al Señor un cántico de confesión, cada uno enmarcando para sí mismo palabras de arrepentimiento³¹". En otro lugar dice: 'Si el mar es hermoso, ¿cómo no lo es mucho más la asamblea de la congregación, en la que un sonido unido de hombres, mujeres y niños, como si fueran las olas que baten en la orilla, es enviado en nuestras oraciones a nuestro Dios?³² Fíjate en sus palabras: "Un sonido unido", dice, "de hombres, mujeres y niños", lo cual no puede ser a menos que todos entiendan la lengua en la que se reza. Y Crisóstomo, basándose en las palabras de Pablo, dice que tan pronto como el pueblo oye estas palabras "por los siglos de los siglos", todos responden inmediatamente "Amén³³". Esto no podrían hacerlo a menos que entendieran la palabra pronunciada por el sacerdote.

Dionisio dice que los himnos eran recitados por toda la multitud durante la administración de la comunión³⁴.

³⁰ Justino Mártir, Apología prima, 67.

³¹ Basilio de Cesarea, Ep., 207(63).3.

³² Basilio de Cesarea, Hexaemeron, 4.7.

³³ Juan Crisóstomo, Hom. en 1 Cor., 35.

³⁴ Pseudo-Dionisio el Areopagita, De ecclesiastica hierarchia, 3.2.

Cipriano dice: "El sacerdote prepara las mentes de los hermanos con un prefacio antes de la oración, diciendo: "Levantad vuestros corazones", para que mientras el pueblo responde: "Tenemos nuestros corazones elevados al Señor", se les pueda advertir que no deben pensar en otra cosa que en el Señor³⁵".

San Ambrosio, escribiendo sobre las palabras de San Pablo, dice: "Esto es lo que dice, porque quien habla en una lengua desconocida habla a Dios, porque él sabe todas las cosas, pero los hombres no saben y, por lo tanto, no hay provecho de esto³⁶". Y nuevamente nos dice sobre estas palabras: "Si bendices (o das gracias) con el espíritu, ¿cómo dirá Amén a tu acción de gracias el que ocupa el lugar del ignorante, ya que no entiende lo que dices?³⁷" 'Es decir,' dice Ambrosio, 'esto si hablas la alabanza de Dios en una lengua desconocida para los oyentes. Porque el indocto, oyendo lo que no entiende, no conoce el fin de la oración y no responde: Amén, palabra que es tanto decir como "verdad", para que se confirme la bendición o acción de gracias. Porque la confirmación de la oración se cumple por los que responden "Amén", para que todo lo dicho sea confirmado en la mente de los oyentes por el testimonio de la verdad³⁸'. Y después de muchas palabras de peso en el mismo sentido, dice: "La conclusión es ésta: que nada se debe hacer en la iglesia en vano, y que esto se debe procurar principalmente, para que también los ignorantes puedan sacar provecho, para que ninguna parte del cuerpo se oscurezca por ignorancia³⁹". Y para que nadie piense que todo esto se refiere a la predicación y no a la oración, aprovecha estas palabras de San Pablo: "Si no hay intérprete, que guarde silencio en la iglesia⁴⁰" para decir lo siguiente: "Que ore en secreto o hable a Dios, que escucha a todos los mudos, porque en la iglesia debe hablar de modo que sea de provecho para todos⁴¹".

San Jerónimo, escribiendo sobre estas palabras de San Pablo dice: 'Cómo hará el que suple el lugar del ignorante⁴², etc.', y continúa: 'Es el laico a quien Pablo entiende aquí que está en el lugar del ignorante que no tiene oficio eclesiástico. ¿Cómo responderá Amén a la oración que no entiende?⁴³ Y poco después, sobre estas palabras de San Pablo: 'Porque si yo orara en una lengua, etc⁴⁴.' dice así: Este es el significado de Pablo: si alguien habla en lenguas extrañas y desconocidas, su mente se hace infructuosa, no para sí mismo, sino para el oyente, porque todo lo que se habla, él no lo entiende⁴⁵.'

³⁵ Cipriano, De Dominica oratione, 31.

³⁶ Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor. 14:2. Tradicionalmente atribuido a Ambrosio.

³⁷ 1 Cor. 14:16.

³⁸ Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor., 14.16.

³⁹ *Ibíd.*, 14:26.

⁴⁰ 1 Cor. 14:28.

⁴¹ Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor., 14.28.

⁴² 1 Cor. 14:16.

⁴³ Anónimo, Com. en 1 Cor. Tradicionalmente atribuido a Jerónimo.

⁴⁴ 1 Cor. 14:14.

⁴⁵ Anónimo, Comm.en 1 Cor. Tradicionalmente atribuido a Jerónimo.

San Agustín, escribiendo sobre el Salmo dieciocho⁴⁶, dice: «Debemos entender qué es esto, para poder cantar con la razón del hombre, no con el parloteo de los pájaros. Porque los hombres enseñan a los mirlos⁴⁷, a los papagayos⁴⁸, a los cuervos, a las urracas y a otros pájaros similares a parlotear sin saber qué, pero la santa voluntad de Dios da a la naturaleza humana el poder cantar con entendimiento⁴⁹». El mismo Agustín dice también: «No es necesario hablar cuando oramos, salvo tal vez como hacen los sacerdotes para declarar su significado, no para que Dios, sino para que los hombres los escuchen, y así, al recordarlos con el consentimiento del sacerdote, puedan depender de Dios⁵⁰».

Así, pues, las Sagradas Escrituras y los antiguos doctores nos enseñan que en la administración de la oración común y de los sacramentos no se debe emplear ninguna lengua desconocida para los oyentes. De modo que, para satisfacer la conciencia del cristiano, no necesitamos dedicar más tiempo a este asunto. Pero, para callar a los adversarios que se detienen demasiado en los decretos generales, será bueno añadir a estos testimonios de las Sagradas Escrituras y de los doctores una constitución hecha por el emperador Justiniano, que vivió quinientos veintisiete años después de Cristo y fue emperador de Roma. La constitución es ésta: «Mandamos que todos los obispos y sacerdotes celebren la santa oblación y las oraciones utilizadas en el santo bautismo, no hablando en voz baja, sino con voz clara o fuerte, que pueda ser oída por el pueblo, para que así el ánimo de los oyentes se estimule con gran devoción a expresar las alabanzas del Señor Dios. Así lo enseña el santo apóstol en su primera epístola a los Corintios, diciendo: «Porque si bendices solo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Tú, en verdad, das gracias bien, pero el otro no es edificado⁵¹». Y de nuevo en la epístola a los Romanos, dice: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación⁵²». Por tanto, por estas causas es conveniente que, entre otras oraciones, las cosas que se dicen en la santa oblación sean pronunciadas y dichas por los obispos y sacerdotes más religiosos a nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en voz alta. Y que los sacerdotes más religiosos sean conscientes de esto: que si descuidan alguna de estas cosas, darán cuenta de ellas en el terrible juicio de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, de igual forma nosotros, llegando a saber sobre tal negligencia y profanación, no descansaremos y no lo dejaremos sin venganza⁵³. Este emperador, como escribe Sabellicus, favoreció al obispo de

⁴⁶ Sal. 19 en el texto hebreo (y en inglés moderno).

⁴⁷ Quizás una especie de mirlo.

⁴⁸ Loros.

⁴⁹ Agustín, Enarrationes in Psalmos, 18.1.

⁵⁰ Agustín, De magistro, 2.

⁵¹ 1 Cor. 14:16–17.

⁵² Rom. 10:10.

⁵³ Novellae, 123. Justiniano I fue emperador de 527 a 565.

Roma⁵⁴, y, sin embargo, vemos cuán claro es el decreto que hace para orar y administrar los sacramentos en una lengua conocida, para que la devoción de los oyentes pueda ser estimulada por el conocimiento, contra el juicio de aquellos que son ignorantes para hacer devoción. También hace que sea un asunto de condenación hacer estas cosas en una lengua que los oyentes no entienden. Concluyamos, pues, con el consentimiento de Dios y de todos los hombres buenos, que ninguna oración común ni ningún sacramento debe administrarse en una lengua que no sea entendida por los oyentes.

Ahora bien, una o dos palabras sobre la oración privada en una lengua desconocida. Comenzamos a hablar de este asunto no sólo para demostrar que ninguna oración común o administración de sacramentos debe hacerse en una lengua desconocida para los oyentes, sino también que ninguna persona debe orar en privado en una lengua que él mismo no entiende. Lo cual no será difícil de demostrar, si no olvidamos lo que es la oración. Porque si la oración es esa devoción de la mente que obliga al corazón a elevarse hacia Dios, ¿cómo se puede decir que ora aquella persona que no entiende las palabras que su lengua pronuncia en la oración? Sí, ¿cómo se puede decir que habla? Porque hablar es expresar con la voz el pensamiento de la mente, y la voz que un hombre emite al hablar no es otra cosa que el mensajero de la mente, para dar a conocer el conocimiento de lo que de otra manera yace secreto en el corazón y no puede ser conocido, según lo que escribe San Pablo: “quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?”⁵⁵ Por lo tanto, no se puede decir con propiedad que quien no entiende las voces que emite su lengua hable, sino que más bien lo finge, como los loros y otras aves similares suelen fingir las voces de los hombres. Ningún hombre, por lo tanto, que tema provocar la ira de Dios contra sí mismo se atreverá a hablarle a Dios imprudentemente, sin tener en cuenta una disposición de entendimiento reverente, en su presencia, sino que preparará su corazón antes de atreverse a hablarle a Dios. Y por eso, en nuestra oración común, el ministro dice a menudo: “Oremos”, queriendo con ello amonestar al pueblo para que prepare sus oídos para oír lo que se anhela recibir de la mano de Dios, y para que sus corazones puedan consentir en ello, y tener dispuestas sus lenguas para decir Amén al final. De esta manera preparó su corazón el profeta David cuando dijo: «Mi corazón está dispuesto, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré y entonaré un salmo⁵⁶». También los judíos, en tiempos de Judit rogaban con todo su corazón a Dios que visitara a su pueblo Israel, estos habían preparado así sus corazones antes de comenzar a orar⁵⁷. De esta manera, Manasés había preparado su corazón antes de orar y dijo: «Y ahora, oh Señor, doblo las rodillas de mi corazón, pidiendo una parte de su bondad misericordiosa⁵⁸». Cuando el corazón está así preparado, la voz que

⁵⁴ Sabelico, Rhaps. Hist. Ennead., 8.2.

⁵⁵ 1 Cor. 2:11.

⁵⁶ Sal. 57:7.

⁵⁷ Jueces. 4:9–15.

⁵⁸ Oración de Manasés; cf. 2 Cr. 34:12–13, 18–19.

sale del corazón es armoniosa a los oídos de Dios. De lo contrario, no la tiene en cuenta para aceptarla, pero como la persona que balbucea sus palabras sin sentido en la presencia de Dios demuestra que no tiene en cuenta la majestad de aquel a quien habla, Él lo toma como alguien que desprecia su majestad todopoderosa y le da su recompensa entre los hipócritas, que hacen una exhibición externa de santidad, pero sus corazones están llenos de pensamientos abominables incluso en el momento de sus oraciones⁵⁹. Si, pues, queremos que nuestras oraciones no sean abominables delante de Dios, preparemos de tal manera nuestros corazones antes de orar y entendamos de tal manera las cosas que pedimos cuando oramos, que tanto nuestros corazones como nuestras voces resuenen juntos en los oídos de la majestad de Dios, y entonces no dejemos de recibir de su mano las cosas que pedimos, como lo hicieron los buenos hombres que nos precedieron, y así de tiempo en tiempo recibieron aquello que para la salud de sus almas desearon en cualquier momento.

San Agustín parece estar de acuerdo con este asunto, pues dice lo siguiente de aquellos que, habiendo sido educados en la gramática y la retórica, se convierten a Cristo, por lo que deben ser instruidos en la religión cristiana. Que sepan también - dice- que no es la voz sino el afecto de la mente lo que llega a los oídos de Dios. Y así sucederá que si por casualidad notan que algunos obispos o ministros de la iglesia invocan a Dios con palabras bárbaras o desordenadas, o que no entienden o dividen desordenadamente las palabras que pronuncian, no se burlarán de ellos'. Hasta aquí parece soportar orar en una lengua desconocida, pero en la siguiente frase abre su mente así: No porque estas cosas no deban ser enmendadas, para que el pueblo diga Amén a lo que claramente entiende. Sin embargo, estas cosas deben ser soportadas piadosamente por estos catequistas o instructores de la fe, para que aprendan que así como en el lugar común donde se alegan los asuntos, la bondad de una oración consiste en el sonido, así también en la iglesia consiste en la devoción⁶⁰. De modo que no permite que se ore en una lengua que no entienda el que ora, sino que instruye al orador hábil para que soporte la lengua ruda del simple ministro devoto.

Para concluir. Si la falta de comprensión de las palabras que se hablan en la congregación las hace infructuosas para los oyentes, ¿cómo no debería hacer lo mismo que las palabras leídas sean infructuosas para el lector? La bondad misericordiosa de Dios nos conceda su gracia para invocarlo como debemos hacerlo, para su gloria y nuestra felicidad sin fin, lo que haremos si nos humillamos ante su vista y en todas nuestras oraciones, tanto comunes como privadas, manteniendo nuestras mentes completamente fijas en Él. Porque "El clamor del pobre traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios; no desiste hasta que Dios lo atiende

⁵⁹ 1 Sam. 16:7.

⁶⁰ Agustín, De catechizandis rudibus, 13. 61. Señor. 35:17-18.

y, como juez justo, le hace justicia. Y Dios no se demora; como guerrero valiente, no se detiene⁶¹” A él, pues, todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

Amén.